

'Juntos' de Ece Temelkuran

ADIÓS, MUNDO SIN CORAZÓN

El mundo está grávido. El planeta está a punto de dar a luz a lo nuevo. Lo viejo ya hace tiempo que ha muerto, y el nacimiento se producirá antes de lo previsto. De ahí el dolor y la turbación.

En medio del ruido, oigo las palabras que susurra el nuevo mundo. La dignidad —dice— sustituirá al orgullo; la solidaridad superará al poder, y la amistad desplazará a la jerarquía. Los más jóvenes de entre nosotros ya lo saben. Por eso se muestran tan enérgicos.

Pero lo nuevo necesita un corazón. Un corazón cuyo latido azote la matriz anquilosada de las viejas instituciones, de la política hace largo tiempo fenecida y de la verdad compartimentada. Un corazón fuerte capaz de aunar toda la musculatura de la humanidad para dar el último empujón. El corazón de lo nuevo debe ser más potente que los poderes que intentan frenar su nacimiento. Porque este parto será el más difícil de todos.

Repara, estimado lector, en las graves condiciones de este nacimiento. Por segunda vez en la historia moderna nos enfrentamos a la cuestión del mal incomprensible. El mal radical que paraliza la mente. Antaño fueron las cámaras de gas. Hoy son los refugiados rechazados y abocados a la muerte. Es el hambre, el mar hirviente y el aire ardiente. Es el orgulloso descaro de los líderes autoritarios, la indiferencia de las instituciones políticas y la inhumana insensibilidad que se nos pide que adoptemos para sobrevivir. Es el nuevo fascismo como forma de espectáculo de masas, y la extenuación de vernos sometidos, en el universo digital, a las representaciones de lo peor de nuestra especie. Mientras tanto, nosotros, que optamos por creer que la humanidad puede hacerlo mejor, agotamos el intelecto global con nuestras diminutas discrepancias. Y hoy, en el siglo XXI, volvemos a plantear de nuevo preguntas

arriesgadas: ¿es la naturaleza humana mala en esencia? ¿Somos posibles? ¿Merecemos existir siquiera?

El mundo está grávido. Pero no es lo nuevo lo que lo lastra con su pesantez, sino nuestra falta de fe en su nacimiento. Para dar el último empujón necesitamos un corazón que contraponer al mundo sin corazón, un corazón secular. Necesitamos una política progresista de las emociones que contraponer a la materia oscura del auge global del fascismo. Necesitamos principios estimulantes que nos permitan ver cuán numerosos somos. Porque este es ahora un mundo en el que los hechos no convencen a la gente; necesitamos, en cambio, un corazón, uno que sea capaz de aunar todas las protestas del planeta para revertir la peligrosa corriente de la historia.

Lo necesitamos ahora, y ahora es tiempo suficiente. Este es un manifiesto contra un mundo sin corazón. Es el nuevo vocabulario de la política progresista de las emociones. Porque ahora es el tiempo de lo nuevo, de lo hermoso y de lo humano.

UNAS PALABRAS ANTES DE EMPEZAR:

UN TALISMÁN PARA NOSOTROS, POR AHORA

Como de nada sirve llorar, nos reímos, como dos pollos sin cabeza cacareando desbocados hacia el apocalipsis. El mundo se acaba, y hemos pasado los últimos diez minutos intentando separar meticulosamente el forro de plástico del papel de nuestros sobres.

Corren las primeras horas de una nueva mañana de finales de la primavera de 2020; llevamos apenas unas semanas de confinamiento y hace solo una que un enorme terremoto sacudió Zagreb. Ahora una nube de polvo se cierne sobre toda la ciudad. Somos dos mujeres de la misma edad plantadas en la calle Martićeva, junto a los contenedores de reciclaje, sosteniendo nuestros sobres de plástico de burbujas medio

rotos y partiéndonos de risa juntas aunque no nos conocemos de nada.

Pero durante una fracción de segundo nuestras miradas se cruzan, y nos vemos la una a la otra y a nosotras mismas: el pelo revuelto, las mascarillas anticovid torcidas, clasificando nuestros desechos en los contenedores apropiados para obtener siquiera una pizca de control sobre estos tiempos de desecho en tanto a nuestras manos enguantadas en látex les está vedado arreglar ninguna otra cosa. Pirámides y revoluciones, sinfonías y viajes espaciales, la física cuántica y la Mona Lisa... y aquí estamos, a comienzos del siglo XXI, con pinta de ser los desechos de la historia humana.

Nuestra risa enfermiza pretende ahogar la pregunta, tan humana, de nuestro tiempo: ¿Es eso lo único que podemos ser ahora? ¿Lo único que podemos hacer?

«¿Y ahora qué hacemos?»

En 2019 se esperaba que yo respondiera a esta pregunta después de casi todas las charlas que daba, en incontables escenarios distintos, en innumerables países diversos. Tras la publicación de *Cómo perder un país* pasé casi todo el año hablando de la lógica de la maquinaria política que había engendrado toda la confusión, el miedo y la desesperación que estábamos sufriendo. Ningún país –explicaba– es inmune a la paralizante plaga política y moral de nuestro tiempo. Pero para cuando logré convencer a las relajadas audiencias occidentales de que ese nuevo tipo de fascismo estaba librando una guerra global contra el razonamiento humano básico, mis predicciones ya se estaban cumpliendo. Cada vez que terminaba una charla, durante unos breves momentos, invadía la sala el mismo pesado silencio justo antes de que se iniciara la ronda de preguntas. Acabé comprendiendo que en aquella plomiza quietud muchos intentaban tomar una decisión crucial: «¿Pregunto por la forma de salir de esta locura invasiva o simplemente me voy a tomar una copa para olvidar?» Al fin y al cabo, muchos de nosotros pensábamos que las opciones que hasta el momento nos había

proporcionado el mundo actual rara vez tenían más sentido que arrancar el plástico de burbujas de los sobres de papel. O eran atterradoramente inmensas, como la revolución total. El vasto espacio intermedio en el que transcurría la vida real apenas estaba en cuestión. Y en esa vida real, un periodo de la historia estaba llegando a su fin, aunque más bien parecía que era la humanidad la que se derrumbaba por completo.

Todos los *statu quo* tienen la capacidad mágica de engañar a las masas haciéndoles creer que, cuando el sistema se derrumbe, todo lo demás se derrumbará con él.

Todos los sistemas actúan así, como los temerosos marineros de la Antigüedad: te advierten de que, si te adentras en aguas inexploradas, te precipitarás por el borde del mundo. Eso es lo que dicen que nos está ocurriendo ahora. El sistema económico y político que hemos construido ha alcanzado su límite, y, al empezar a caer, amenaza con arrastrarnos consigo. Cualquier decisión que tomemos parece tan ineficaz como achicar agua con un cubo de un casco que se inunda. La enormidad del caos nos lleva a creer erróneamente que cualquier cosa que hagamos resultará demasiado exigua. Y al final tendemos a olvidar que nuestra especie es capaz de reinventarse incluso a través de las cosas más minúsculas.

Desde donde estoy, no distingo con claridad si es el instinto infantil de tratar con suavidad los objetos pequeños o una repugnancia adquirida lo que le impide agarrarlos con firmeza. Corre el verano de 2019, y Zeyno, una niña de cinco años, está recogiendo cosas en una playa desierta en la isla griega de Kálimnos. Las sujeta con la punta de los dedos y vuelve corriendo hacia la sombrilla. Pero luego, una vez que ha puesto a buen recaudo cada objeto, reanuda su lento caminar, escudriñando el suelo.

Cuando su empeño se vuelve manifiestamente persistente, dos mujeres de mediana edad empiezan a seguirla desde extremos opuestos de la playa. Su perezoso andar oculta cuidadosamente su genuina curiosidad mientras fingen que la sombrilla de Zeyno

se encuentra *casualmente* en su camino. Se detienen a observar el misterioso montón.

-Trozos de plástico -dice una de ellas.

-¡Ah!, está recogiendo desechos -responde la otra. Intercambian esa sonrisa afligida que esgrimen los adultos cuando se tropiezan con una muestra de entusiasmo. Zeyno, como una madre ardilla que ha detectado el peligro, vuelve corriendo a proteger el nido. Tratando de recuperar el aliento, pronuncia un decidido discurso explicando que el plástico es muy, muy malo para la «madre Tierra» y que la basura puede convertirse en «arte», sí, de verdad. Después de acariciar a Zeyno en la cabeza en señal de aprobación, las mujeres hacen ademán de regresar a sus sombrillas. Sin embargo, casi en el mismo segundo, se detienen, recogen un pequeño desecho de la arena y vuelven para contribuir a la colección de la niña. Luego, en lugar de volver a tomar el sol, también ellas empiezan a escudriñar la arena. Invadidas por una inesperada vena poética de mediodía, recuerdan: incluso en estos tiempos de desecho, es nuestra predisposición inherente a crear belleza la que ha sustentado a nuestra especie cada vez que un sistema acababa en el cubo de basura de la historia. Y en cada colapso, pese a quienes creían que era el final de todo, esa esencia de nuestra especie ha sido la razón para renovar nuestra fe en la humanidad.

Cuando yo tenía la edad de Zeyno, todavía era capaz de escuchar el lenguaje mudo de las cosas. Había un cajón en nuestra casa que hacía las veces de sala de espera última para los pequeños objetos que ya no servían. La decisión sobre su destino se posponía constantemente: bolígrafos con un temperamento irritante que quizá un día funcionaran, cintas de envolver que esperaban a ser utilizadas para regalos de emergencia, las llaves oxidadas de puertas hacía largo tiempo desaparecidas, barras de labios parcialmente secas, un espejo de mano roto con vetas de antracita, peines de plástico descascarillados, y todo el etcétera de nuestra vida que ya no podía reclamar su propio lugar en nuestra casa. Todo aquello yacía allí a la espera de la próxima vez que mi madre decidiera echar nuestra vida por la

borda. Pero su lamento, el inquietante llanto de los caídos que solo yo podía escuchar, resultaba insoportable para mis oídos.

Un día empecé a encolar todos aquellos miserables trastos, como una especie de operación de rescate. Poco a poco se convirtieron en extraños talismanes que colgaban en mi habitación. Al devolverlos al mundo como partes de un todo, pudieron volver a hablar.

Juntos no es diferente. Este libro es un talismán que reúne todas aquellas pequeñas cosas relativas a nuestra especie que no recordamos haber olvidado en los cajones de la humanidad. Solo si las soldamos entre sí podremos recordar cómo y por qué los humanos hemos logrado sobrevivir hasta ahora, y por qué hemos seguido optando por tener fe en nosotros mismos.

Leyendo mis palabras, observarás momentos aparentemente insignificantes, imágenes rotas, sueños parcialmente marchitos, ciudades jamás construidas y todo el etcétera del mundo. Esta es una nueva historia humana hecha con los retazos de las imágenes rotas de nuestra especie.

Este libro talismán aborda diez opciones de la vida real para las personas como nosotros, las que nos molestamos en leer y escribir libros como este. No son decisiones que haya que adoptar en un futuro ignoto, sino ahora, exactamente donde y cuando las necesitamos. *Juntos* aspira a que, una vez más, optemos por nosotros mismos.

A algunos, estas opciones pueden parecerles demasiado delicadas para la brutalidad de nuestros tiempos. Sin embargo, *todo lo que tiene valor es frágil*; lo bello, lo humano y lo verdadero. Y cuando todo lo frágil se suelde de modo que configure una sólida historia de nuestra especie, solo entonces no sonaría extraño que yo de repente dijera: «Creo en ti.»

Pero, querido lector, para crear una nueva historia de nuestra especie, una historia mejor, te necesito. Necesito que tomes una decisión, y que la tomes ahora.

Ahora es una palabra demoledora.

Ahora es la imagen de una niña que se queda paralizada a medio intento cuando le toca el turno de saltar la cuerda. Mientras las demás gritan –«¡Ahora! ¡Salta ahora!»–, la cuerda empieza a parecer la lengua de una serpiente. Cada uno de sus lametones al suelo anuncia a la niña que siempre es demasiado tarde.

Las personas como tú y como yo estamos como esa niña, paralizadas a medio intento. Hay entre nosotros quien sigue buscando esperanza o ánimos para lanzarse, y hay quien ya se ha rendido, quien ha abandonado por completo el patio de recreo. Cada vez son menos los que preguntan por la forma de salir de la locura global. Muchos de nosotros decidimos en silencio buscar únicamente nuestra propia seguridad. Parece que *ahora* podría ser demasiado tarde. Demasiado tarde incluso para plantear la cuestión de ¿ahora qué hacemos?

Sin embargo, ahora es el momento de elegir creer: creer que somos algo mejor que desbocados pollos sin cabeza, que estamos destinados a la belleza y que no necesitamos aguardar a que vengan tiempos mejores para tener esperanza. El momento propicio es... ¡Ahora!

Y, si decides creer, te prometo que podremos saltar juntos esa maldita cuerda del tiempo.